

Un hombre de Dios

2 Timoteo 3:17

William KELLY

biblicom.org

En el Nuevo Testamento, un «hombre de Dios» se refiere a una persona fiel al servicio de las almas. Sin embargo, este término no se limita en modo alguno al Nuevo Testamento, ya que también es una expresión común en el Antiguo Testamento. Se refiere a un creyente que tiene el valor moral y la fuerza espiritual para identificarse con los intereses de Jehová y librar la buena batalla de la fe en medio de peligros y obstáculos de todo tipo. Tal testimonio es incompatible con la sumisión a los principios humanos y al espíritu de la época.

Sin embargo, no debemos imaginar que la fidelidad, en una época como la nuestra, reviste un aspecto visible y brillante. Una apariencia de fuerza está fuera de lugar cuando el declive está presente y el juicio se acerca. Dios desea que podamos sentir el estado de ruina, y su testimonio debe estar en consonancia con ello. Cuando llama al cilicio y a la ceniza, no da un carácter de poder que tenga valor a los ojos del mundo. Así, uno de los signos más auténticos de una comunión práctica con el Señor es que, en un momento así, se acepta sinceramente ser pequeño. Y esa es la realidad, realmente tenemos poca fuerza. Y eso está de acuerdo con el pensamiento de Dios.

Lo que atrae al mundo agrada y halaga la importancia que el hombre se da a sí mismo. Del mismo modo, el mundo es un espectáculo vano y ama lo que se le parece. Por lo tanto, nada atrae tanto a las masas como lo que halaga la vanidad del espíritu humano. Puede adoptar la apariencia más humilde, pero el hombre pecador siempre busca su propio honor y exaltación. Cuando un siervo de Dios se deja llevar así y cae en este espíritu de los hombres, naturalmente retrocede ante el solemne llamamiento que Dios dirige a los suyos, pierde su segura confianza y se vuelve insensible o se aterroriza ante el juicio de Dios.

Cuando los cristianos pierden el poder y el significado solemne de la cruz, la filantropía toma el control. Da influencia entre los hombres, y su actividad general en lo que los hombres llaman *hacer el bien* sustituye a la vida de fe, con la vana esperanza de alejar el día malo a toda costa. No negamos el celo y la búsqueda sincera del bien moral; incluso vemos la renuncia a uno mismo en los esfuerzos hechos con fines religiosos o benévolos.

Pero el hombre de Dios, ahora que la ruina ha entrado en el ámbito de la profesión cristiana, está más llamado que nunca a ser fiel a Cristo crucificado. Tan seguro como que pronto vendrá a llevarnos al cielo, aparecerá a su debido tiempo para juzgar todos los pensamientos elevados y las empresas más bellas de los hombres, que serán engullidos por el abismo de la apostasía.